

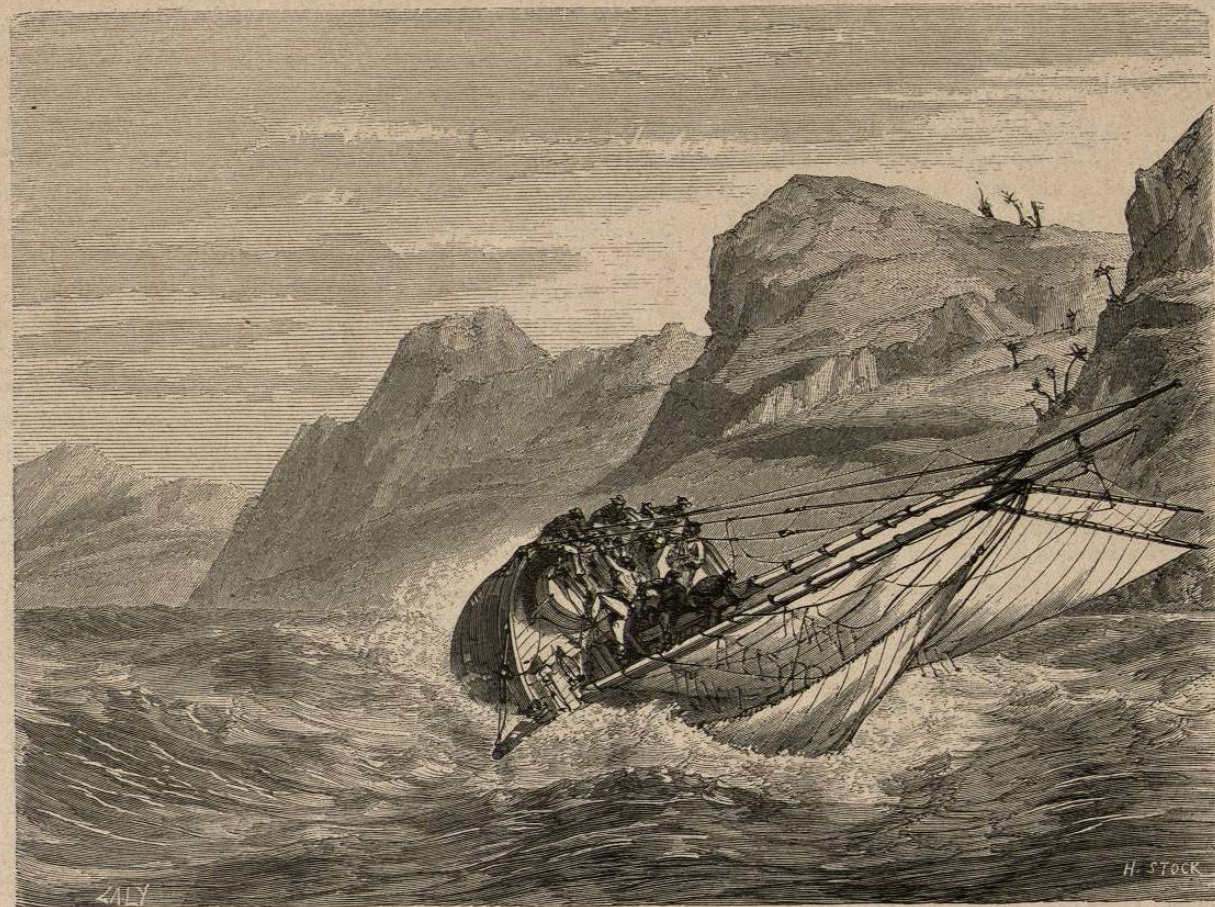
9440
V5
V.5



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

IMPRESION DE LA BIBLIOTECA
NACIONAL DE MADRID

LA VUELTA AL MUNDO.



Nafragio de la Bella.

VIAJE A MÉJICO

POR MR. E. VIGNEAUX.

1854.—1855.

El 26 de mayo de 1854 al amanecer, una chalupa de puente, que se llamaba la *Bella*, nombre que merecía por la elegancia de su casco y su gran ligereza entraba en la rada de San Francisco con la proa vuelta al Sur. Cargando diez toneladas y tripulada por siete marineros de diversa nacionalidad llevaba además tres franceses, únicos que sabían el secreto de su destino.

Uno de estos últimos, armador y propietario de la pequeña embarcacion, se habia lanzado desde muy jóven, á pesar de su origen aristocrático en las vias de esos espíritus aventureros, que abundan en las épocas de transicion: trabajadores negligentes de la idea, hijos perdidos del progreso, embriagados sobre todo con sus propios sueños y sostenidos hasta la muerte por la conviccion de que nada es imposible allí donde hay que rehacerlo todo.

Ahora bien, la incuria de la administracion mejicana, fiel heredera de los españoles, y las incursiones de los salvajes que rompian todos los vínculos sociales en el Estado de la Sonora, determinaron al conde Rausset-Bulbon (que de él se trata) á reunir en esta comarca cuatrocientos franceses alistados un mes antes por las autoridades mejicanas, creyendo que con el apoyo de este puñado de hombres, podria reorganizar la Sonora y acaso por ella regenerar luego á Méjico. El conde habia asociado á sus planes á un doctor de la facultad de París, como médico y secretario, jóven de una honrada familia de Burdeos, Mr. Vigneaud, autor del viaje que ofrecemos á los lectores de la VUELTA AL MUNDO.

Desde su principio, la navegacion de la *Bella* fue como un pronóstico del fatal destino que esperaba á la espedicion: lluvias, nieblas, marejadas, tem-

011021

pestades, ninguna prueba faltó á la débil embarcación, mientras estuvo costeano las peligrosas y desconocidas playas de la Baja California. Solo despues de haber estado á punto de estrellarse veinte veces contra las rocas que rodean el fondeadero de San Benito, y de haber estado encallada doce dias en la rompiente de la bahía de Almejas, pudo conseguir doblar el cabo Palermo, estremidad meridional de la península California, y penetrar en el mar Vermejo donde ya no tenemos mas que seguir á Mr. Vigneaux.

Las Tetas de Cabra.—Aspecto de la costa Gaymas.—Prision — El calabozo.—El cuartel.—Soldados mejicanos.

El 25 de mayo anclamos por fin en la costa de la Sonora en una abra bien abrigada del *Morro Colorado*, promontorio de amenazadoras alturas situado á mas de 20 leguas de Gaymas. Dos grandes murallas de negras rocas cuya base penetraba en las dormidas aguas, nos encerraba en aquella pequeña bahía: por debajo de nosotros y al través de muchas brazas de agua límpida distinguíamos perfectamente un fondo de rocas metálicas y cubiertas de madéporas y corales. Delante de nosotros se estendía una playa de chinias y mariscos bastante pendiente, pero accesible; mas allá se veía una pequeña meseta á la que venía á desembocar una garganta llena de vegetacion tropical: era el lecho de un rio desecado.

La tempestad nos habia arrojado á estos lejanos parajes, donde nos retuvo dos dias, que pasamos en medio de las rocas en una agua clara y durmiente, ocupándonos en pescar, en coger enormes langostas en las quiebras de las rocas, y en gozar á la vez del placer del baño y de los esplendores de un paisaje submarino tan rico y mas grandioso que el de la bahía de San Benito.

La intencion de Mr. Rausset no era ir directamente á Gaymas, sino buscar en las inmediaciones un buen fondeadero. Desde allí debia ir misteriosamente un emisario á la ciudad á fin de asegurarse de la presencia y disposiciones de los alistados franceses, mision que me competia á mí.

Nada mas triste que el montuoso paisaje que costeamos hasta la bahía de los Algodones, en medio de la cual se eleva un grupo de islotes del mismo nombre. En frente de nosotros se dibujaban las *Tetas de Cabra*, dos colinas iguales á las que se les ha dado este nombre por su forma, y son dos puntos que marcan el baradero de Gaymas.

Las cadena del litoral descendiendo gradualmente hacia el fondo de la bahía y se separa bruscamente ante una planicie baja que aisla las Tetas.

No lejos de estas alturas y al abrigo de las rocas de la punta Tordilla, encontramos el seguro sitio que buscábamos. Algunas leguas nos separaban ape-

nas de Gaymas y yo di mis disposiciones para trasladarme allí inmediatamente en compañía del doctor. Eran las cuatro de la tarde.

La planicie que atravesamos nos trajo á la memoria la de la península California: el lecho encajonado de un rio seco en que penetramos, nos apartó de nuestro camino y nos condujo despues de dos horas de marcha á una llanura pedregosa y desierta como todo el pais que habíamos recorrido ya.

La brújula de que íbamos provistos nos decia claramente que nos habíamos desviado y nos fue preciso desandar camino. Una senda que al principio no habíamos visto, nos hizo salvar las bajas colinas, situadas al Oriente del barranco, y descendimos á la caída del dia á una llanura que rodeaba el mar á nuestra derecha. La senda se dirigia hácia la playa serpeando al través de un triste chaparral, mustio por la sequía y que no nos parecia vegetacion por su color polvoroso.

Mientras que la claridad nos lo permitió anduvimos por esta senda endurecida, donde no dejaban huella los pies del hombre. La noche nos detuvo al fin á la orilla de la mar, al pie de una colina pedregosa, raramente situada allí como la ruinas de una pirámide en frente del islote *Chapatona*. Rendidos de fatiga y de sed, creimos conveniente reposar, y nos tendimos en la arena único sitio donde creimos estar seguros de los reptiles. Hicimos una cama con nuestra ropa de lana, y á pesar de la ligereza de la que conservamos puesta, no sentimos ni al amanecer esa impresion de frescura que sigue en nuestros climas á la noche mas calorosa, y que habíamos sentido aun en la isla de Santa Margarita á una latitud mas baja la brisa del mar, calentándose al pasar por la península, da á la Sonora una temperatura mucho mas elevada, temperatura que varia de 30 á 40 centígrados á la sombra en la estacion seca.

El alba nos halló ya en marcha, y divagamos todavía al través de un pais uniformemente árido y desierto, porque tal es el aspecto de toda la region del litoral de Sonora. Caminábamos en un silencio estúpido, únicamente preocupados con el sufrimiento que nos hacia experimentar la sed.

De repente un murmullo confuso llegó á nuestros oídos y muy luego pudimos distinguir el mugido de los toros, el balido de los carneros y el canto del gallo. El chaparral se aclaró súbitamente, y se desenvolvió ante nuestra vista un mágico espectáculo. En una gran cisterna, cuyas blancas paredes reverberaban los rayos del sol, se inclinaba un balancin sosteniendo los cubos ó vasos de cuero que alimentaban los abrevaderos y á cu yo alrededor se agrupaban los sedientos animales.

Yo no, sabia decir cómo, pero yo me hallé instantáneamente de rodillas ante un pilon al lado de mi

compañero, disputándoles la vez á las cabras y ovejas y hartándome de agua tibia y limosa.

El dueño de aquello vino á arrancarnos de tan degradante pero inefable goce, ofreciéndonos una bebida mas digna de criaturas humanas. Entonces y no antes, vimos á poca distancia una casa en construcción, cuyas paredes esperaban el maderaje: ante nosotros se elevaba un jacal, ó amplia cabaña de bambú y follaje, donde entramos y nos sirvieron graciosamente un abundante y confortable almuerzo.

Nuestro huésped, bajo su traje de campesino, tenia aire de ciudadano: llevaba un buen sombrero de Panamá, camisa fina, ancha *calzonera* de cuero amarillo y flexible, abierta desde la cadera hasta abajo y retenida por gruesos botones de plata, cinturón de seda roja y botas de piel de gamo. Hizimos preguntas muy minuciosas y yo le conté todo, menos la verdad. Rehusó con dignidad la retribucion que le ofrecimos, y nos despidió atentamente.

No pasó mucho tiempo sin que nos aperciéramos que nos seguian, y entonces recordé no sin inquietud que el digno rancho habia espedido mientras almorzábamos un hombre á caballo en direccion de Gaymas.

Cerca del macizo de montañas que ciñen la ciudad y su puerto, se eleva el camino gradualmente. Entre las alturas del Rancho y las de *Bacochivampu* se abre un estrecho desfiladero, en el cual penetramos, y muy luego se ofrecieron á nuestra vista las primeras casas, que no eran sino grandes moles y ruinas, lo mismo que todas las misiones que habíamos entrevisto en la península de California, á escepcion de San Luis, mejor conservada que las otras.

En el fondo oscuro de la poblacion se destacaba un grupo de hombres vestidos de blanco; al acercarnos reconocimos los cuatro hombres y el cabo, clásicos. El individuo que nos seguia, pasó entonces adelante de nosotros y se dirigió hácia ellos: cinco minutos despues estábamos cercados, presos, desarmados y en camino del calabozo, donde nos encontramos muy pronto asegurados.

Era esta cárcel un vasto edificio de adobe sin repellar, deteriorado por el tiempo y los inquilinos: bajo los pies la tierra desnuda; el techo de troncos de palmera sin labrar, y por todo mueblaje un cántaro desbocado. Una puerta estrecha y baja, flanqueada por dos ventanillas de reja y abiertas á cinco pies del suelo daba salida al patio interior. En esta madriguera donde no podia establecerse una corriente de aire por la mala disposicion de las aberturas, la atmósfera era sofocante, bien que las ventanas no tuvieran hojas y que la puerta estuviera abierta durante el dia. Reinaba allí además un olor mefítico, ampliamente justificado por las costumbres de los comensales, que por no tener que pedir muchas veces el

favor de atravesar el patio habian consagrado uno de los ángulos del aposento á los usos de una vespasiana.

Estos señores eran en número de veinte entre viejos y jóvenes, indios y mestizos, sucios, derrotados y mandaderos de minas mas bien que sospechosos. Su traje consistia en una camisa de cotonada, blanca al principio, y un ancho pantalon de la misma tela: pude observar que la camisa no era de rigor. Muchos de ellos tenian la cabeza y los pies desnudos; otros llevaban sandalias y sombreros de paja. Tendidos con negligencia en el suelo alrededor de una frezada, cobertor comun que reemplaza entre ellos la capa española, se disputaban algunos cigarrillos al azar del monte.

El patio era pequeño; el zaguan, entrada cochera de las casas mejicanas, formado por una reja en cada estremidad, servia de cuerpo de guardia á la gente del puerto.

Yo supe por el sargento que á nosotros se nos tenia por desertores del batallon francés que habian cometido un asesinato. La llegada del comandante y de muchos oficiales de este batallon, compuesta de pasajeros del *Challenge*, vino á destruir este error. Sin embargo, nosotros no fuimos puestos en libertad, sino al dia siguiente por la tarde; pero no hicimos mas que cambiar de prision, pues se nos sacó del calabozo y se nos condujo al cuartel en calidad de presos. Allí supe que el rancho que nos habia dado tan péfida hospitalidad era don Cayetano Navarro, comandante de la Guardia Nacional de Gaymas y uno de los personajes mas influentes del pais. El fue quien nos hizo aprender bajo el pretexto del asesinato, pero muy luego adquirimos la certeza de que en realidad sospechaba nuestra connivencia con Mr. de Rausset.

Se nos concedió, sin embargo, completa libertad de recorrer el cuartel y observar los soldados. Todos son indios; su uniforme consiste en una casaca de tela blanca y un pantalon de lo mismo y un pequeño chaco de cuero negro, puesto en la coronilla. Los sargentos únicamente llevaban zapatos; los soldados sandalias ó *guaraches*.

Este ceñido traje hace valer admirablemente el musculoso desenvolvimiento del cuerpo y las bellas proporciones de los indios. Su estatura rara vez pasa de la medianía; tienen la cabeza grande, el cuello corto, las estremidades finas. El semblante tiene carácter; los ojos son bellos, pero de dura mirada; los pómulos salientes y la mandíbula inferior ancha. Llevan obligatoriamente el cabello corto, á escepcion de dos largos mechones en las sienes, y son imberbes. Las escepciones de esta última regla, por insignificantes que sean, dan á la fisonomía un sello de salvaje espresion marcado. Los oficiales al contrario, te-

niendo todos algo de sangre blanca en las venas, son generalmente poseedores de grandes mostachos.

Un fusil con su bayoneta compone todo el armamento. El soldado indio tiene mucho cuidado de esta arma, y todos tienen en el bolsillo un pedazo de cuero ó piel, con que á cada instante y en todo lugar frotan la parte empañada por el contacto de la mano, sudada casi siempre en este cálido clima. Un cinturón demasiado flojo sostiene la vaina de la bayoneta y una cartuchera enorme que pende por debajo de las aletas de la casaca y debe embarazar sus movimientos.



Llegada á San Benito.



Rompiente de San Benito.

Gaymas.—Aspecto general.—Tipos.—El aguador y su asno.—El puerto.

Gaymas está situado á los 27° 33' 50" latitud Norte y 113° 9' 36" longitud Oeste del meridiano de París. Esta ciudad se parece á San José, pero no con aspecto tan miserable. Las casas sin escepcion no tienen carácter ninguno y son bajas. Las inmediatas á los muelles y á la Plaza Mayor están blanqueadas con cal; algunas tienen un piso y todas ocupan una vasta superficie. Las aberturas exteriores son raras y están provistas de grandes rejas salientes, á modo de jaulas. No hay vidrieras, sino grandes hojas de madera con un postigo en medio. Entre los ricos el patio se transforma en jardín.

Edificada en una planicie cerrada entre el mar y escarpadas alturas, esta ciudad no es susceptible de mucha estension. Yo no sabria precisar la época de su fundacion, pero apenas debe remontarse á un siglo. El establecimiento primitivo se formó bajo el nombre de San José de Gaymas, en el sitio en que se

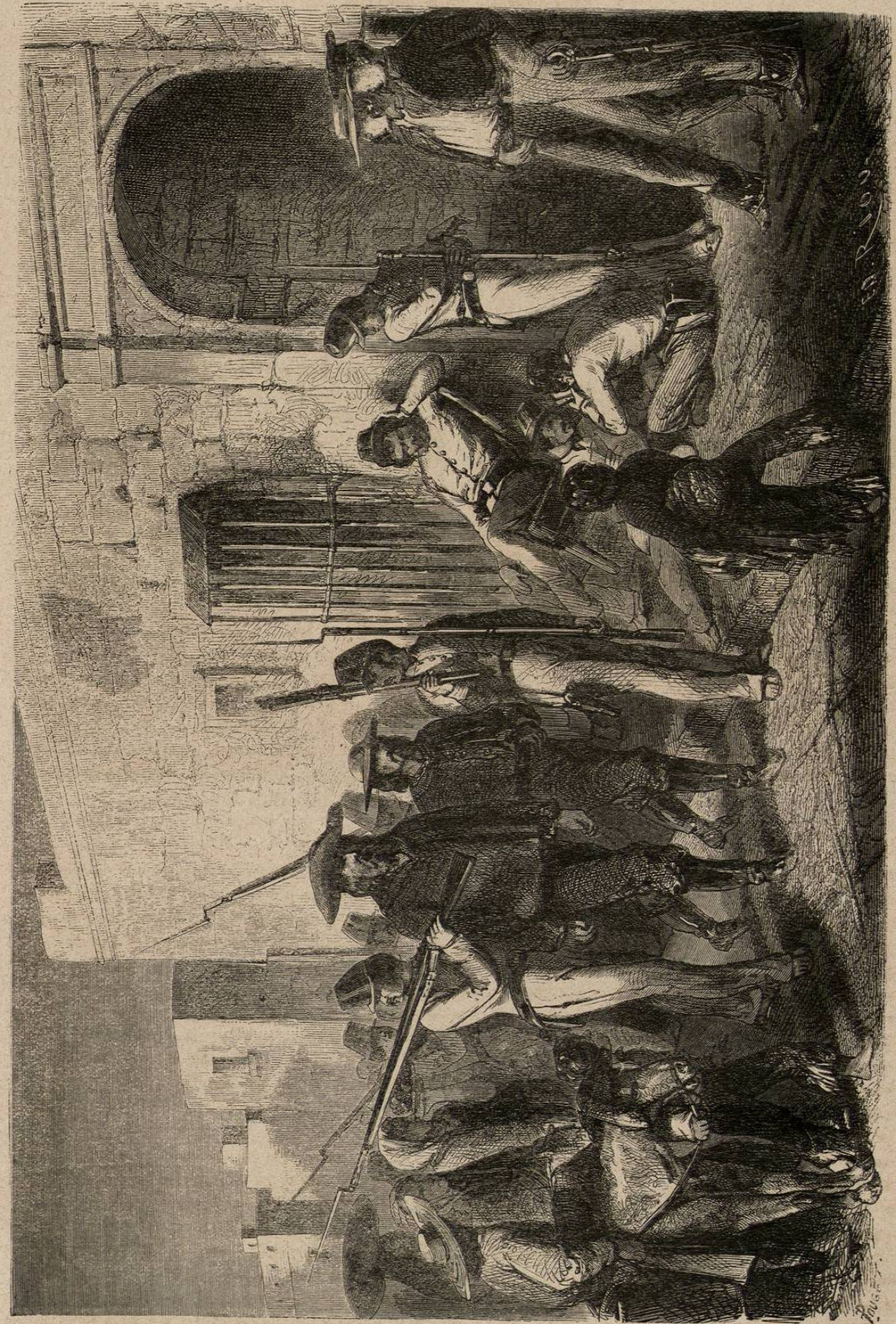
El traje de los oficiales era vario: todos usaban casaca sin charreteras, con una presilla, ó solo un boton de metal en cada hombro: el pantalon *ad libitum*. Usaban tambien una redonda y plana gorra galoneada, ó bien un chacó reducido á las dimensiones de un kepis francés, ó mas bien el sombrero mejicano de anchas alas horizontales y duro fieltro blanco, gris ó rojo. Los oficiales superiores vestian de paisano.

Mr. Rausset se introdujo en la ciudad la noche del 1.º de julio.

halla el rancho de San José, cerca del rio del mismo nombre á unas dos leguas al Norte del puerto. No siendo accesible esta bahía á los barcos de cierto porte, las necesidades del comercio han traído poco á poco á la poblacion hácia el fondeadero actual. La ciudad nueva ha conservado el nombre de Gaymas tomado de la tribu de los indios que habitaban estos parajes. Las orillas del rio San José están abandonadas al cultivo de hortalizas, en donde algunas personas bien acomodadas tienen casas de recreo.

La vista del Gaymas es triste: las montañas que la cubren son de color rojizo; sus dentadas cimas parecen ruinas ciclópeas; gargantas sombrías y precipicios las desgarran; en sus pelados flancos solamente algunas palmeras enanas pueden encontrar jugo. El desfiladero por el cual llegamos nosotros, es la única vía de comunicacion entre el puerto y el interior: esta via se llama de *Hermosillo*.

En toda la ciudad reina un aire de abandono y tristeza, cuyas principales causas son las vastas dimen-



Arresto de Mr. Vigneaux en la Sonora.